

Aventuras compartidas

Luisa estaba en la página noventa y siete – otra vez – atrapada sin poder avanzar. Intentaba leer el libro y se quedaba dormida. ¿Era aburrido? No. ¿Era difícil de leer? No. ¿Quería terminarlo? Sí. ¡Claro que sí!

Era hora de volver a casa, y Luisa y Celeste salían de la escuela, atravesando el gran portón enrejado de color verde oscuro mientras hablaban como si no se hubiesen visto en todo el día. Así pasa a veces con los mejores amigos: siempre hay algo para contar. A veces llegaban a la casa de Luisa casi sin darse cuenta, porque el tiempo vuela cuando estamos en buena compañía. Celeste y Luisa tenían mucho en común: cumplían años el mismo mes, las dos tenían una hermana mayor, vivían en la misma calle y leían cómics sobre aventuras increíbles. En los libros, dos amigas de más o menos su edad seguían una serie de pistas para encontrar tesoros escondidos en lugares extraños, peligrosos y a veces mágicos.

Celeste era unos días más grande que Luisa, y el sábado iba a cumplir diez años, así que las dos amigas tenían mucho que planificar para la fiesta.

–¿Qué te parece esta idea para el sábado? Le pedí a mi mamá que haga una torta de chocolate con dulce de leche en el medio, y mi papá dijo que vamos a tener una mesa dulce también, él va a hacer unos panqueques y vamos a poder elegir varias cosas para ponerles, como salsa de chocolate...y frutas, porque mi mamá dice que tiene que haber algo “sano”. Mi hermana escuchó que van a comprar helado también.

–¡Me encanta la idea!

–Y después vamos a poner música y bailar, y podemos usar el trampolín del jardín, pero no todas juntas, de a dos, porque no es muy grande. Igual solamente vamos a ser seis chicas el sábado.

Todo esto le parecía perfecto a Luisa, ella también quería que llegara rápido el fin de semana.

–El próximo cómic de la serie sale el viernes... justo a tiempo para mi cumple el sábado. ¡Quiero que llegue ya! Estoy justo en la parte que las chicas llegan a la entrada del campamento donde está el tesoro, y la reja está cerrada. Y Érica tiene miedo de trepar la reja y pincharse y lastimarse, entonces Alia le da una mano y la ayuda a trepar y entran y...

–¡Ay, no me cuentes mucho! Me faltan un par de páginas.

Bueno, en realidad le faltaban más que un par... le faltaban unas quince páginas para llegar a esa parte, pero el problema no era matemático, Luisa sabía contar perfectamente. El problema era que Luisa trataba todos los días de avanzar con la historia, pero luego de leer una o dos viñetas, se quedaba dormida.

A veces se quedaba dormida en el sillón en bien llegaba a casa, a las cuatro de la tarde. No quería decirle a Celeste que le faltaban muchas páginas para alcanzar la parte final y más interesante de la historia, ¿qué diría su amiga si le contaba que estaba tan cansada que no podía con una simple historia? El plan era terminar el libro el jueves a más tardar, pero Luisa sabía que era muy poco probable que pudiera terminarlo a tiempo. Y el nuevo libro salía el viernes.

Ese lunes, al llegar a casa, Luisa dejó la mochila en la entrada y al llegar a la cocina estaban su mamá y su papá esperándola.

–¿Qué pasó? –preguntó Luisa, sorprendida de verlos a ambos, tocándose la frente y sintiendo sudor de repente, si bien no hacía calor.

–Esta mañana me llamaron de la escuela –contestó su mamá–, me dijeron que en clase de lengua esta tarde estabas muy cansada y están preocupados. Nosotros también estamos un poco preocupados.

La mamá de Luisa pensaba que tal vez quinto grado era mucho más difícil que cuarto, y que tal vez por eso Luisa estaba tan desganada. Pero la maestra le había dicho que los

otros alumnos de su clase llevaban bien el cambio de grado, y que el año escolar recién empezaba.

–Vamos a ir al médico esta tarde –le dijo su papá.

–¿Ahora? Pero tengo que leer mi libro.

–Trae tu libro, no hay problema.

Luisa tomó su cómic y llenó su botella de agua hasta el tope. Bebió todo y la volvió a llenar.

Cuando llegaron a la clínica, una enfermera le pidió a Luisa sacarle un poco de sangre de su dedo. Su mamá le dijo que era un pequeño pinchazo y que era importante hacerlo, también le pidió un poco de orina (¡menos mal que había estado bebiendo tanta agua!) y luego se sentaron en la sala de espera, porque los resultados tardarían un poco. Luisa tuvo tiempo de leer algunas páginas del libro: Érica y Alia, las amigas inseparables de la historia, encontraban una antigua carta de la abuela de Érica, donde mencionaba un tesoro que había escondido cuando era chica en un campamento fuera de la ciudad. Las dos amigas intrépidas viajaban hasta el lugar en medio de las montañas, pero el sitio preciso donde la abuela de Érica había acampado estaba cercado, y al llegar a la reja de entrada, comprobaron que estaba cerrada. Érica tenía miedo de saltar y lastimarse, pero Alia sabía que encontrar este tesoro de su familia era importante, y le ofreció sus manos entrelazadas para apoyarse, hacer pie y trepar con facilidad. Si bien en el fondo el miedo a pincharse con la reja y los alambres la paralizó un poco al principio, Érica tomó coraje y se apoyó en su amiga. Cuando Érica logró saltar del otro lado, Luisa escuchó su nombre: era su turno de ver a la doctora.

–Hola Luisa, qué suerte que hayas venido. Tu mamá y tu papá me contaron que muchas veces estás cansada, que te da sed muy seguido, y los análisis que hicimos hoy me muestran que esto es algo que se llama diabetes. Y tu cuerpo necesita un poco de ayuda para producir insulina.

–Diabetes –respondió Luisa, un poco confundida–, ¿cómo “qué suerte”?

–Sí, Luisa, es una suerte saberlo porque ahora entendemos porqué estuviste tan cansada, y con sed, y con el mismo peso durante muchos meses. Estoy segura de que te gustaría sentirte mejor y por suerte tenemos una manera de ayudarte.

La doctora le mostró una lanceta, le explicó que iba a necesitar medir sus niveles de glucosa, y pincharse un poco todos los días para tener la insulina necesaria. Le habló de carbohidratos, páncreas, células, azúcar, cosas que podía comer sólo a veces... Luisa empezó a sentir dolor de cabeza con tanta información.

–¿En serio? ¡Pincharme? –preguntó, preocupada por tantos cambios.

–Es normal que tengas un poco de miedo porque es algo nuevo, pero es un segundo de malestar para después sentirte mucho mejor el resto del día. ¿Tienes alguna amiga que quieras mucho?

–Sí, se llama Celeste, estamos siempre juntas. Como las amigas de este libro que estamos leyendo.

Luisa le mostró el cómic a la doctora, en la página que estaba leyendo, cuando Érica y Alia se encontraban frente a la entrada del campamento.

–Conozco este libro porque mi hijo lo leyó este verano. El autor tiene diabetes. ¿Lo sabías?

–No puede ser. ¿Cómo logró escribir todo un libro si tiene diabetes? ¿De dónde sacó tanta energía?

–Las amigas de esta historia van siempre juntas de aventura en aventura, y se ayudan. Así pasa un poco en el cuerpo. Necesitamos energía para las cosas que hacemos, y la sacamos de la comida, y parte de esa comida se convierte en glucosa. La glucosa y la insulina van juntas de paseo, y cuando llegan a las células, la insulina la ayuda a la

glucosa a entrar en las células y darles energía, un poco como las amigas en esta historia. Érica tiene miedo de pincharse con la reja o los alambres, pero ese pequeño pinchazo, como el pinchazo de insulina, la va a ayudar a pasar del otro lado de la reja y encontrar el tesoro. No te voy a contar qué encuentran en el campamento para no arruinar la sorpresa, pero tu tesoro es todo lo que te gustaría hacer. Sé que este mes es tu cumpleaños, ¿no?

—Sí, y el sábado cumple años mi amiga Celeste.

Y en ese momento Luisa pensó en el libro, la torta, el trampolín. ¿Qué iba a pasar con todo eso?

—Cuando tu cuerpo tenga los niveles de insulina que necesita, vas a poder hacer las actividades que quieras, y de hecho el ejercicio es muy bueno para mantenerte sana.

—Entonces... ¿puedo ir al cumple? ¿Saltar en el trampolín? ¿Comer la torta? Va a haber helado también.

—Seguro que sí, un poquito de cosas dulces cada tanto está bien; vas a tener que recordar medir tus niveles de glucosa, pero tu cuerpo va a estar feliz de que lo cudes, y para cuando sea tu cumpleaños vas a haber terminado este libro que estás leyendo ahora y vas a poder empezar una nueva aventura.